

OBRAS Y AUTORES:

6866

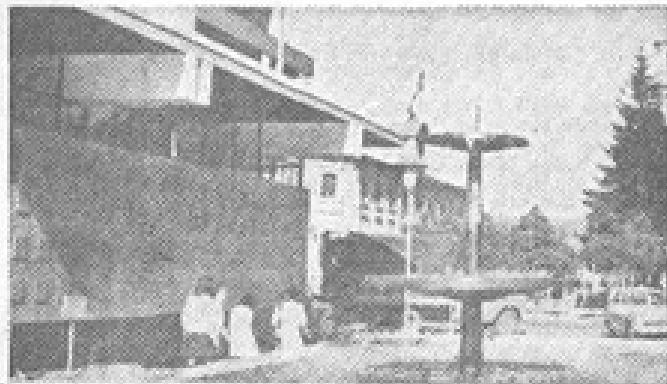
Raúl González Labbé: Luz en su Tierra

Por HERNAN DEL SOLAR

Ciudad de tránsito, en donde nadie para y se dispone a vivir estableciendo su existencia. Así ve a Rancagua Raúl González Labbé en aquellos años. Es el tiempo en que nace Óscar Castro, vive su infancia y adolescencia, entra en su edad de hombre. El cuadro es tratadamente provincialista. "La ciudad no progresó, estagnada como agua sin uso —escribe González Labbé—. Todos pasan por ella mirando hacia adelante o hacia atrás. Se detienen lo indispensable para recoger lo necesario a una vida mejor que se vivía en Santiago o en la campiña lejana de los alrededores, pero nadie mira las calles sucias que pisas, las habitaciones pobres y viejas, la tragedia del sol sin sombras verdes, la ausencia de comodidades lícitas y la escasez de orden para un futuro mejor". Los hijos de Rancagua hacen lo que los transeúntes: toman de ella lo indispensable y se marchan. Algunos no viven más. Pero el tiempo se ha encargado de traerle lo que siempre lleva consigo y reparte desdicha: la movilidad del cambio, el no ser nada ni nadie lo que era. A veces, estas mutaciones son lentas, casi imperceptibles. Hay partidas que permanecen con la faz vieja que tuvieron desde su principio. Y habitantes a quienes les ocurre cosa parecida.

Pero aquí se trata de algo muy diferente. Vamos a ver a un rancagüino que permanece su vida entera en su tierra, salé de ella escaso tiempo, cuando ya la muerte le tiene señalada, y le da Luz, nombre íntimo a ese risco que ha sido el de sus luchas y sus sueños. Se trata del inolvidable poeta Óscar Castro. Ahora evocado nuevamente por un amigo suyo, un escritor comprensivo: "Luz en su tierra" se titula el excelente libro que le dedica, y que aparece bajo el sello de Editorial del Pacífico.

Nació el 25 de marzo de 1900 en Rancagua y murió el 1º de noviembre de 1967 en el Hospital del Salvador, en Santiago. Vida breve, soñida, bocina. Su obra poética la prolonga hasta nuestras días, y seguirá adelante con ella. Indudablemente, pues Óscar Castro es uno de los más altos valores de nuestra literatura. Sus amigos lo recordarán con una emoción tan pura y fuerte que nos la comunican con viva intensidad. No conocemos a Óscar Castro, pero a través de dos libros nos parece haberlo acompañado con una leal amistad: "Óscar Castro. Hombre y poeta", de Gonzalo Drago y éste que ahora publica González Labbé. En ambas obras aparece la figura humana buena, de estereos y el poeta que siente, con sencillez, la grandeza de su destino. Porque es indudable que un hombre de su lucidez no puede haber dejado de sentir que su nombre se situaba entre los mayores de nuestra literatura. Pero era modesto. Nunca quiso extamar su superioridad. Al contrario —no nos dice— siempre estuvo junto al compañero, celebrándole las actas, acogiéndole a la manera del explorador que busca con otros el ansiado camino y da su parecer sin acento falso.



Rancagua, lo moderno y lo tradicional.

En Rancagua fundó en 1934 el grupo "Los Inolvidables", en compañía de Félix Miranda Salas, Oscar Vila Labra, César Sánchez, el peruviano Aníbal Fernández, Gustavo Vitar, Nelly Martínez y Gonzalo Drago. Entre estos miembros no se difirió dividir la misión secreta que se encarga de llevar cierta arriba a quienes elige para que vivan en las alturas literarias que los años no abaten fácilmente. "El miembro del Grupo —nos cuenta González Labbé— nació en forma espontánea en la primera reunión, después de barajarse muchos otros y ante la coincisión expresada por A. Fernández: 'En el medio en que nos encontramos, toda labor cultural o artística será considerada inútil'.

—Inútil, dijiste?

—Los Inolvidables, entonces, dijeron a un mismo tiempo todos los asistentes".

Un curioso imponerse de cómo estos "inolvidables" —con o sin mayúsculas— fueron creando en torno un interés por nuestras letras, y por la literatura y las artes en general, a través de charlas y publicaciones, tal vez olvidadas pero memorables. Pronto se establecieron relaciones sólidas con escritores de otros lugares. Y el público, poco a poco, dejó de ser tan escaso, empezó a ser visible, acudió a las conferencias, aprendió a sentir que el escritor es un hombre como los demás, pero que sabe tener un sentido de la vida, de los hombres, de las costas, que vale la pena conocer, sobre todo se comunica con amabilidad, naturalmente, sin alarde alguno.

"Luz en su tierra" es de esos libros que se leen con una atención profunda y cordial. En sus páginas se sigue al desarrollo de un poeta desde los primeros indicios de su vocación hasta la hora de la cabal maestría. González Labbé no sólo nos comienza las horas favorables, aquellas en que se reconoce y exalta el talento del poeta, sino también los momentos sombríos, cuando lo azotan los incomprendidos y los envidiosos presentando que se la niegue y únicamente se le

tenga por un ocioso que hace versos. Castro no se daba por estandido, sabía sobradamente quienes eran los equivocados, sonreía con un ligero alzamiento de hombros, y miraba en tanto auxo en busca de manos amigas, tendiendo siempre la suya. Quería, nos dice González Labbé, que la poesía fuera de los poetas. "Yo no entiendo a la gente —decimos—, hacen callar al zapatero que discute ingeniería y al medicino que habla de biología. Pero zapatero, mecánico, ingeniero y biólogo pueden discutir y tener premisas en literatura, libremente, sin que nadie los haga callar".

Esta desenvoltura de mentecatos petulantes, de una altorrotada ignorancia, no podía contar con la acostumbrada mansedumbre de Óscar Castro. Quien todo lo vio siempre con simpatía no admitía en instante alguno que trataran de oscurecerla la vista, el humor, la solidaridad, el amor de la vida y de la poesía. "Por sobre todas las bellezas y virtudes del verso de Óscar Castro y de su prosa —nos manifiesta críticamente González Labbé—, yo aprecio su claridad, su limpidez de lenguaje. La imagen nace fresca y espontánea, sin esfuerzo cerebral, al modo ordinario que la entiende a la distancia". Y si cerraba las puertas a los que opinaban rostrosamente de casas y cosas de la poesía ajena de los cuales su ignorancia era abundante, abría su admiración, plenamente, a los auténticos poetas de Chile y del extranjero. Su encuentro con la poesía en libros ajenos era para él una fiesta.

La obra de González Labbé es una limpia y emocionada evolución del hombre y del poeta. Hay páginas amparadas maravillosamente por la ternura de la noble y viril amistad; otras se rebelan airadamente contra la incomprendible arteria; y todas nos hablan de una vida que merece el conocimiento de todos, porque en una vida pura de un hombre esencialmente poeta.

Raúl González Labbé: luz en su tierra [artículo] Hernández el Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Raúl González Labbé: luz en su tierra [artículo] Hernández el Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)